PALOMA SÁNCHEZ-GARNICA

LA SOSPECHA DE SOFÍA

En una Europa dividida por un muro insalvable,
dos hombres y una mujer buscan desesperadamente su destino

Planeta

Paloma Sánchez-Garnica

La sospecha de Sofía

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Paloma Sánchez-Garnica, 2019
Representada por la Agencia Literaria Dos Passos
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2019
Depósito legal: B. 4.308-2019
ISBN: 978-84-08-20562-3
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión y encuadernación: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

Desde hacía meses espiaba cada movimiento, cada palabra y cada silencio de la pareja que ahora estaba al otro lado de la calle, entregada a la confiada intimidad, y de la que le separaban los escasos metros del ancho de la vía. Apuntaba metódicamente cada detalle, por nimio que pareciera, con el fin de conocer su cotidianidad, sus costumbres, la manera de caminar de él, de vestirse, de abrazarla, de besarla, de dirigirse a ella; cómo entraba en casa y qué hacía o decía cuando salía, los horarios y actos al levantarse y al acostarse, lo habitual en los días de diario y lo extraordinario, o no tanto, de los fines de semana y vacaciones. Escuchaba sus conversaciones para profundizar en su forma de ser. Mientras dormían, estudiaba y memorizaba todo lo nuevo del día, emulaba gestos y ademanes delante del espejo, modulaba la entonación de voz, imitaba los dejes y palabras habitualmente utilizados por él. Además, cotejaba fotos e información personal de todos los que los rodeaban a él y a ella, la criada, sus padres, los amigos, personas de su entorno laboral, retenía caras y nombres, fechas y hechos determinantes de sus vidas, acontecimientos que debía almacenar en su memoria para salvaguardar su propia seguridad. Había resultado una tarea fácil. Estaba habituado a este tipo de trabajos de acecho para recopilar información útil, pero los espiados solían ser mucho más escurridizos, más crípticos, más inaccesibles, lo que convertía el cometido en una tarea compleja e intrincada, a veces con un resultado carente de la eficacia y solvencia necesarias, imprescindibles ambas (información eficaz y solvente) para según qué asun-

tos. Durante semanas los había seguido, primero a él: el bufete, las relaciones con su padre y con el resto de los letrados del despacho, con quién se llevaba bien y con quién se trataba apenas. También la había seguido a ella, con menos cautela incluso, con la clara intención de conocerla lo mejor posible. Este seguimiento fue muy sencillo porque su vida resultó muy simple, circunscrita al ámbito doméstico, la casa, las niñas, sus padres, sus suegros y esa amiga azafata con la que se veía de vez en cuando. Observaba cómo reía, cómo hablaba, el tono de su voz, su manera de fumar y de sujetar el cigarrillo, algo que no hacía nunca delante de él, era evidente que a él no le gustaba que lo hiciera. Había comprobado que la vida sexual de la pareja era pobre, demasiado ocasional para un matrimonio tan joven. Polvos rápidos, apenas disfrutados, desahogos esporádicos. Tampoco había detectado en la vida de él a otras mujeres, la amaba, se esforzaba por complacerla, pero había presiones sociales, profesionales y laborales que se lo ponían difícil. Ella sencillamente lo asumía y se conformaba.

Había llegado a Madrid unos meses antes con una misión que cumplir. Aquel piso, situado frente al edificio de la casa que debía observar, se lo habían facilitado agentes a los que no vio ni conoció. Le habían dejado la llave y la dirección en el piso franco de París. Cuando llegó se encontró montada una sofisticada estación de escucha para oír todo lo que sucedía en la casa del otro lado de la calle, a apenas unos metros; se notaba la mano experta del KGB. La situación era perfecta. Desde la ventana podía ver con sus prismáticos los dos balcones del salón, el ventanal de la habitación de matrimonio y la ventana de un pequeño comedor anejo a la cocina. Oía todo lo que hacían y decían. Con el fin de controlar en persona el terreno, había accedido a la casa. Para ello, había esperado a que quedase vacía de sus habitantes. Eligió uno de los fines de semana en los que la familia salía fuera de Madrid. Así tuvo tiempo suficiente para inspeccionar cada rincón, familiarizarse con muebles y ropa. Se pasó toda una tarde en su interior, tranquilo, con mucho tiento para no dejar evidencia alguna de su paso.

Lo examinó todo, el ropero del dormitorio principal, los cajones de la mesilla (comprobó que ella ocupaba el lado derecho de la cama) y el escritorio del despacho de él. Fue incapaz de acceder al cuarto donde había una cuna en la que dormía la niña pequeña, se detuvo en el umbral, paralizado y removido por la amargura de los recuerdos que le aguijoneaban como espinas clavadas en la conciencia. Había llegado a estar muy cerca de la criada y las niñas mientras esta las cuidaba en el parque. Era evidente que el disfraz funcionaba, porque había pasado totalmente desapercibido a los ojos infantiles de la mayor, que había heredado la belleza de su madre. La pequeña era igual que su padre, ojos muy claros, muy rubia y muy blanca. No podía remediar sentir una punzada en el corazón cada vez que la veía u oía su voz, su llanto, sus risas, todo en ella le devolvía un pasado doloroso que se obligaba a controlar con frialdad para evitar ser vulnerable.

Echó un vistazo al reloj de pulsera. Acarició la esfera blanca con la añoranza de tantas promesas de amor eterno. Sus labios se abrieron levemente en una mueca de ironía, qué poco había durado aquella eternidad, qué efímera, qué malditamente fugaz había sido aquella sutil infinitud de amor apenas recién estrenado. Cerró los ojos para reprimir el recuerdo, apretó los labios, susurró una maldición en alemán y dejó escapar un profundo suspiro. Abrió los ojos de nuevo, más tranquilo, controlada su emoción. Estaban a punto de despertar. Se miró al espejo y comparó su reflejo con la imagen de Daniel Sandoval en una fotografía sujeta al marco. Sobre la mesa estaban la peluca oscura, el bigote y las patillas postizos, aunque no barba, porque hubiera llamado en exceso la atención en un país en el que aquel rasgo se miraba con recelo, además de unas gafas con cristales oscurecidos imprescindibles para ocultar sus ojos grises, acuosos, como los de su padre, demasiado germánicos y muy poco habituales por allí. Pasar desapercibido era fundamental y hasta ese momento lo había conseguido. Tenía experiencia, pero había que estar alerta. Aquel día era crucial para el plan hilado meses atrás. La noche anterior había quedado

depositado encima de la mesa del despacho de Daniel Sandoval el sobre que contenía la nota y los billetes de tren. Ahora solo quedaba esperar su reacción.

Bebió un trago del té que se había preparado y quedó al acecho, esperando a que despertaran los que al otro lado de la calle dormían plácidamente. El altavoz que tenía a su derecha, silencioso durante toda la noche, escupió el rugido del despertador que sonaba en el edificio de enfrente. Se llevó los prismáticos a los ojos mecánicamente. Empezaba el espectáculo.

2

El renqueante sonido de la alarma se introduce en el sueño y lo rompe, lo quiebra, lo interrumpe bruscamente provocando el desconcierto primero, luego la desilusión de saber que se acabó la placidez durmiente. No quedaba otro remedio que sacar la mano del calor de las sábanas y pulsar el botón que desactivase aquel ruido perturbador. Se demoró solo un instante y sintió la pierna de Daniel, que le dio un par de toques suaves, apenas un roce de advertencia.

—Apágalo... —murmuró con voz gangosa desde su parte de la almohada, arrebujado entre las mantas.

Con los ojos aún cerrados, en la pretensión de mantenerse unos segundos más mecida en el sueño, Sofía sacó la mano y tanteó hasta que dio con el aparato cuyo estruendo hendía el aire invadiéndolo todo, lo palpó y volvió a oír la insistencia de Daniel para que se apresurase a devolverles el mutismo que los ayudase a desadormecerse y terminar de despertar. Sofía consiguió apagarlo y de nuevo el silencio se hizo el dueño y señor del aire, pero ya no era el mismo silencio, sino un silencio de ruidos sutiles, bostezos, gemidos salivados y la fricción de los cuerpos al moverse bajo las sábanas desperezándose. Al final Sofía se levantó y se envolvió en la bata que tenía junto a la cama. Daniel apenas se movió, aprovechando los pocos minutos que le quedaban de la durmiente placidez.

En la cocina, Sofía conectó la radio y pegó la frente al cristal de la ventana del pequeño comedor. No imaginaba que unos ojos escrutadores la observaban. La voz del locutor relataba las últimas noticias hablando rápido, dicción perfecta, to-

nalidad grata. Empezaba a despuntar el día. La calle permanecía aún solitaria. A su izquierda se atisbaba la plaza de Santa Bárbara, asimismo tranquila. Apenas se intuía el lento despertar de la ciudad, no había demasiado ruido, no había voces ni se oían toques de claxon, frenazos o acelerones, como si los más madrugadores que ya transitaban por la calle arrastrasen todavía la sensación de sueño, no desperezados del todo. Puso el café en la cafetera. Encendió una cerilla y prendió la llama de uno de los quemadores de la cocina. Sacó la botella de leche de la nevera, vertió el contenido en un cazo y lo colocó sobre otro quemador, junto a la cafetera. Sacó el pan de molde y las galletas, la mermelada, la mantequilla, las tazas y los cubiertos, además de las servilletas, y lo fue disponiendo todo sobre la mesa que estaba en el comedor anejo a la enorme cocina. Luego, arrastrando sus zapatillas por el pasillo, entró en una habitación que permanecía en penumbra. Buscó el interruptor de la lámpara de la mesilla, encendió la luz y se sentó al borde de una cama infantil. Apoyó la mano sobre la colcha rosa y palpó con suavidad el pequeño cuerpo al que arropaba, quieto aún, entregado a los brazos de Morfeo. Aspiró el olor infantil. Acarició el pelo suave.

—Buenos días, princesa. Hora de despertarse.

Acercó sus labios para besarle el carrillo sonrosado y cálido, pero la durmiente se zafó y su cabeza morena desapareció en el interior de las mantas, intentando huir de la obligada vigilia.

—Vamos, Isabel, que hay que ir al cole —le dijo con voz dulce. Se levantó y retiró el embozo un poco más—. Que la *seño* te va a enseñar muchas cosas.

El pequeño cuerpo se retorció como un animalillo, protestando con suaves gruñidos ensoñados.

La puerta de la habitación contigua estaba entornada. La abrió y vio a Vito, que se estaba vistiendo. Las dos mujeres se saludaron con la mano y una sonrisa. Sofía se acercó a la cuna de Beatriz, que aún dormía.

—Ni respirar en toda la noche —le susurró Vito casi al oído—. Esta niña es una bendición.

En ese momento, la niña mayor irrumpió gritando en la habitación.

—¡Vito! ¡Vito!

Se echó en brazos de la mujer, que la acogió con un inmenso cariño.

—¿Y a mamá no le das los buenos días? —preguntó Sofía acercándose a ella y tocándole la nariz.

La niña se echó entonces a los brazos de su madre. La pequeña se había despertado con las voces de su hermana, y ya se removía en su cuna.

—¿Vamos a desayunar? —preguntó la madre a la mayor, pero ella se revolvió mimosa y echó los brazos a Vito.

—No, yo quiero con Vito…

—Vaya usted a lo suyo, señora, que ya me encargo yo de ellas.

—Gracias, Vito.

Sofía salió al pasillo y se asomó a la habitación de matrimonio.

—Daniel, despierta, que luego se te hace tarde.

A continuación regresó a la cocina y terminó de preparar el desayuno. A Daniel le gustaba que lo hiciera ella, y no Vito; las comidas tenían que ser de la mano de Sofía, era una manía suya y ella no lo discutía. Antes de que apareciera nadie se tomó un café atenta a las noticias. Al poco entraron Isabel y Vito, esta última con Beatriz en los brazos. Isabel, con su pijama rosa, totalmente espabilada, hablaba sin parar. Beatriz, aún somnolienta, alborotada la melena rubia y rizosa, se abrazaba mimosa al cuello de Vito. Isabel trepó a una silla y se puso de rodillas con los codos sobre la mesa. Vito colocó a la pequeña en su trona y le anudó el babero al cuello. Luego se puso a prepararle su biberón. Sofía vertió la leche en la taza de Isabel. Untó mermelada en una galleta y se la dio; la niña la introdujo en el interior del tazón de leche mojándose la punta de los dedos.

—Isabel, hija, no seas cochina; no metas los dedos en la leche —le recriminó Sofía, que se los limpió con la servilleta para que no se manchase el pijama.

La niña hablaba, protestaba, pedía, lo contaba todo con

voz gritona a fin de llamar la atención de la madre, que destilaba paciencia.

Al rato, Daniel, recién afeitado y repeinado, entró en la cocina ya vestido, a falta de la corbata y la chaqueta del traje. Ni siquiera miró a las niñas. Isabel se calló un instante recelosa, sabía que los enfados del padre eran mucho más serios que los de su madre. La pequeña le hizo una carantoña que él no percibió, ensimismado como estaba en sus cosas.

Daniel se estremeció arrugando el ceño.

—La casa está helada. ¿Es que no está puesta la calefacción?

—Estamos en abril, Daniel —contestó Sofía poniendo la rebanada de pan en la tostadora—. Desde ayer la apagan por la tarde.

—Pues hace frío. Le dices al portero que no la quite o le monto un pollo.

—Si la dejan por la noche nos vamos a asfixiar.

—Sofía, díselo —le dijo taxativo—. Yo decidiré cuándo se apaga la calefacción en el edificio.

—No puedo entender cómo tienes tanto frío —refunfuñó Sofía—, porque no lo hace.

Daniel la miró un instante y no dijo nada. Llevaba unos papeles en la mano, que dejó en una esquina de la mesa y centró toda su atención en ellos. Sofía se apresuró a ponerle el café solo, la taza colmada y sin azúcar, y untó la tostada recién hecha con mantequilla y mermelada de melocotón, como a él le gustaba. Luego se la tendió. Él la cogió sin apenas levantar los ojos de los documentos y le dio un mordisco. Masticaba abstraído, como si no hubiera nadie a su alrededor, sentado en el borde de la silla, sin llegar a relajarse, sin tiempo que perder.

De repente, la leche de la taza de Isabel se derramó y salpicó todo a su alrededor. Sofía reaccionó con tal celeridad que consiguió retirar los papeles en el instante en que la leche estaba a punto de empaparlos. Daniel alzó los ojos aturdido. Sofía se los volvió a entregar con un gesto paciente de reproche.

—No sé cómo se te ocurre traer cosas del trabajo aquí. Luego te quejas de que te las manchan.

Él no le contestó. Con los papeles en la mano, apoyados en la rodilla, aparentemente alejados de cualquier peligro de salpicadura, volvió a quedar enfrascado en sus asuntos.

Sofía recogió la leche derramada con un trapo, y siguió de pie, el cuerpo apoyado en la encimera. De vez en cuando bebía sorbos de café a la espera de poder desayunar tranquila cuando todos se fueran.

—Vamos, Isabel, ve terminando, que se hace tarde —la instó la madre. La niña apuró la leche que le había vuelto a servir su madre y salió corriendo—. A lavarse bien los dientes, ¿me oyes?, que ahora va Vito.

Vito terminó de darle el biberón a la pequeña, la cogió y se la llevó para vestirlas a ella y a su hermana.

Sofía se quedó mirando a su marido. Se preguntaba qué había sido del hombre alegre y valiente del que se enamoró, dónde habían quedado aquellos despertares tórridos, tan llenos de ternura, aquellos sueños de vida compartida, de ilusiones alcanzables con solo estirar la mano. No sabía cuándo había empezado a cambiar todo, en qué momento se instaló entre ellos esa especie de rutina aburrida, irritante a veces, que los condicionaba cada vez más. Hubo un tiempo en el que le gustaba mirar aquel gesto suyo, serio, meditabundo, como si se preparara para enfrentarse él solo al mundo. Ella seguía muy enamorada, pero sentía que lo estaba perdiendo. Llevaban seis años casados y se preguntaba qué futuro les esperaba, cada vez más alejados, más ajenos el uno del otro, más aburridos de la vida en común que apenas acababan de iniciar. Lo que no sabía era si también se lo preguntaba él, si alguna vez se planteaba qué sería de ellos a la vuelta de otros seis años, o de veinte.

Las señales horarias pitaron chirriantes en el transistor y los arrancó a los dos de su mutismo particular. Daniel, alertado, levantó los ojos y miró a un lado y otro.

—Qué tarde es —murmuró mientras apuraba el café de un trago.

Se levantó, recogió los papeles y salió de la cocina.

Ella le siguió por el pasillo, pero antes se detuvo en la habi-

tación en la que Vito vestía a Isabel mientras les cantaba una canción. Beatriz, sentada en la cama revuelta de su hermana mayor, aplaudía entusiasmada. Sofía sonrió al ver la estampa. Las dejó y se dirigió al dormitorio. Daniel estaba delante del espejo haciéndose el nudo de la corbata. Sofía se acercó y se puso frente a él, de espaldas al cristal, y le ayudó a terminar la lazada. Él se dejó hacer mirándola con ojos escrutadores, guiñados al sonreír. Ella sentía su mirada mientras se afanaba en hacer perfecto el nudo, pero alzaba los suyos de vez en cuando, tan solo un instante, sonriendo también porque le gustaba cuando él la miraba así. Terminó y se retiró. Daniel se observó en el espejo. Con gesto satisfecho se pasó la mano por el pecho, como si alisara la ropa.

—Haces el nudo mejor que yo —dijo orgulloso, como si le diera un reconocimiento poco merecido.

—Se lo hacía a mi padre desde que tengo uso de razón. Ya sabes lo desastre que es para las corbatas. —Sonrió con el recuerdo—. Me subía a una silla para alcanzarle el cuello.

Daniel le sonrió. Cogió la chaqueta y se la puso.

—Este fin de semana subimos a El Escorial, así nos da el aire a todos.

—No, este fin de semana no —protestó ella—, que echan Eurovisión y quiero ver a Massiel, que ganamos seguro.

—Qué vamos a ganar. Europa no nos vota ni de broma.

—Pero yo quiero verlo.

—Mis padres van, Sofía, y ya sabes que a mi madre le gusta que vayan las niñas.

Sofía evidenció su malestar con un mohín.

—Siempre deciden por nosotros.

—No deciden ellos. Ayer me llamó para proponérmelo y le dije que sí.

Sofía pensó que nunca nadie le preguntaba a ella si le apetecía o no pasar todo el fin de semana en compañía de sus suegros en la dichosa casa de El Escorial, en la que no había más que hacer que pasear y poco más; ni televisión tenían. Pero no dijo nada. Sabía que cuando estaba su suegra por medio tenía

todas las de perder con Daniel. La pasión que este sentía por su madre era demasiado grande.

Aprovechó para hacer un intento de proponer algo que le rondaba en la cabeza desde hacía un tiempo.

—Podríamos ir a Sevilla en Semana Santa.

—¿A Sevilla? —preguntó él—. ¿Tú sabes cómo se pone aquello de gente? Ni hablar. Además, menuda paliza para las niñas. Son muchos kilómetros y las carreteras esos días son una procesión de penitencia. —Miró el reloj—. Me voy, que hoy tengo una reunión importante.

—¿Vienes a comer?

—No me esperes. Mi padre quiere que vayamos a Navalcarnero a ver un asunto de una testamentaría. —Mientras hablaba se echó al bolsillo el paquete de Ducados y el mechero, cogió las llaves y tomó el maletín que le sostenía Sofía—. Seguramente comamos allí.

La besó en los labios, un beso rápido, fugaz, sin apenas contacto.

—No te olvides la bufanda —le dijo ella con algo de sorna.

Daniel era extremadamente friolero, tanto que le costaba desprenderse de la ropa de invierno, a pesar de que las temperaturas primaverales ya empezaban a notarse, sobre todo a mediodía.

Salió de la habitación apresurado.

Ella se quedó quieta, los brazos cruzados sobre el regazo, en medio de la habitación. Cuando oyó cerrarse la puerta de la calle, miró a su alrededor con gesto aburrido y derrotado. Dio un largo suspiro. Subió la persiana y abrió la ventana para ventilar la habitación. Se asomó para verlo salir del portal con paso rápido, sin mirar ni un instante hacia la ventana, como si al salir a la calle se hubiera olvidado de ella, concentrado en un mundo ajeno. En varias zancadas llegó hasta el coche, que estaba aparcado en la acera de enfrente; el enorme 1500 blanco, nuevo, estrenado hacía apenas un mes. Lo cuidaba como si fuera de porcelana, lo limpiaba en cuanto le caía una mota de polvo, no dejaba a las niñas que se pusieran de pie en los asien-

tos, montarse en su interior era como meterse en un lugar sagrado. Nada que ver con lo que ocurría en su viejo Seiscientos, el coche que había quedado para ella. Le gustaba conducir, lo hacía desde que empezó la universidad. Su padre le dejaba su viejo Seat 1400 para ir a la Ciudad Universitaria. El coche se lo había regalado su suegro, el abuelo materno de Sofía, un afamado empresario farmacéutico. Aunque don Zacarías, el padre de Sofía, sabía conducir, prefería moverse por la ciudad caminando, o en metro o autobús, y si andaba con prisa tomaba un taxi, por eso siempre solía dejarle el coche a Sofía, pero como tantas otras cosas, aquella cesión en el manejo del automóvil había tenido que hacerlo a escondidas de su madre, que no veía con buenos ojos que las mujeres condujeran. Sonrió recordando aquellos tiempos. El Seat 600 desechado por Daniel había significado para ella una forma de liberación. Le había costado convencerle de que no lo vendiera. Tuvo que darle mil argumentos para que aceptara las ventajas que suponía que ella pudiera conducir su propio coche, aunque lo que en realidad le convenció fue la idea de que, si vendía el pequeño, quizá algún día ella tuviera que coger el grande, el suyo, y eso sí que no podía admitirlo.

Lo vio arrancar y avanzar hacia la plaza de Santa Bárbara. Se retiró de la ventana porque Isabel entró corriendo, ya cargada con su pequeña cartera del colegio, para darle un beso. Vito se quedó en la puerta esperando a que se despidiera. Sostenía a Beatriz en los brazos. Vito se había puesto la chaqueta sobre la bata de trabajo, y llevaba la bolsa del pan y el monedero en la mano.

—¿Cuánto pan traigo? —preguntó.

—Con una barra habrá bastante, que hoy tampoco viene el señor a comer, y traiga un litro de leche, que no queda nada. Habría que hacer compra grande, aunque no sé... Por lo visto nos vamos a pasar el fin de semana al chalet de mis suegros.

—Entonces poco habrá que comprar, porque fruta queda bastante, y en la nevera quedan huevos y unos filetes de pollo.

—Pues entonces, compramos el lunes.

Se despidió de las niñas con un beso en la mejilla a cada una.

Vito metió prisa a Isabel para que saliera de la habitación y la pastoreó hasta la puerta. Allí estaba la sillita de la pequeña, la sentó y la ató. Mientras, Isabel abrió la puerta y salió al rellano, aunque las órdenes de Vito para que no se moviera la detuvieron. Cuando por fin se fueron, Sofía escuchó el silencio de la casa. A su espalda se colaba el ruido de la calle, del arranque de una jornada en la ciudad. Miró a un lado y a otro. Ella era la única que ya no tenía nada que hacer... Nada que fuera importante. Tenía que organizar los armarios, sacar la ropa de entretiempo, guardar abrigos, botas y mantas, todo menos lo de Daniel, su ropa de invierno habría que mantenerla a su alcance hasta bien entrado junio, cuando ya la meteorología cambiante de la primavera no le jugase una mala pasada. Luego tendría que preparar la comida de las niñas. Hacía dos semanas que la pequeña iba a la guardería cuatro horas al día para que a Vito le diera tiempo a hacer toda la casa y la plancha. Aquella decisión la había tomado en contra del criterio de casi todos, empezando por Daniel, que no entendía la razón de dejarla tan pequeña en manos de desconocidos. Sofía la inscribió con el único apoyo de su padre y de su amiga Carmen, que fue quien la animó a hacerlo. Su madre quedó horrorizada, y se lo criticó como si la hubiera llevado a una inclusa; su suegra no lo comprendía, incluso la misma Vito le había insistido en que ella se hacía bien con la niña, que no la molestaba en las tareas. Pero Sofía lo hizo contra viento y marea, como un pequeño y estúpido acto de rebeldía, aunque no pudo evitar que recayera sobre su conciencia una sombra de culpa por que la consideraran una mala madre. Las niñas comerían antes, porque la mayor tenía que regresar al colegio; mientras, la pequeña dormiría su siesta. Así que comería sola en el salón, a la vez que Vito lo hacía en la cocina. Otro día aburrido sin más que hacer que verlo transcurrir y esperar el regreso de Daniel.

Con gesto desganado se asomó de nuevo a la ventana. La sombra del tedio y la indolencia se cernían sobre ella como

una maldición. El sol quedaba oculto tras unas oscuras nubes que amenazaban lluvia. El día estaba melancólico, y esa melancolía la arrastraba sin que pudiera evitarlo. La plaza se veía cada vez más transitada, viandantes que avanzaban con paso rápido, apresurados, en dirección a sus tareas, encogidos bajo el abrigo para resguardarse del frescor de la mañana. Le gustaba fijarse en alguno de ellos y se preguntaba cómo sería su vida, hacia dónde dirigía sus pasos, qué pensamientos le acuciarían en ese momento, si sería feliz o si arrastraba desdicha, si vivía en compañía o en soledad, si le gustaba su vida o, por el contrario, la detestaba, cuáles eran sus quehaceres. Pero al desaparecer de su vista el viandante analizado todas las preguntas se volvían contra ella, como un bumerán que la cuestionaba y le gritaba que debería ser ella la que transitase las calles, tal vez observada por alguien desde una ventana, encaminando sus pasos hasta los pasillos de la universidad de Ciencias, a esa hora hirviente de alumnos bulliciosos, gente joven con proyectos y ganas de emprenderlos, o, mejor aún, en dirección a un laboratorio para imbuirse en la investigación de algo apasionante que le hiciera olvidarse de todo lo que no estuviera al alcance de sus ojos incrustados en los oculares de un microscopio. Para ella todo había quedado aplazado cuando decidió casarse, o no lo decidió realmente, otros lo decidieron por ella, empezando por Daniel, que había tenido prisa por hacerlo, casarse cuanto antes, no había razón para aplazarlo, según decía, pero ella comprendió demasiado tarde que no era tanto el entusiasmo de emprender una vida juntos como la necesidad de Daniel de salir del asfixiante control paterno, así como de desprenderse de los excesivos cuidados maternos recibidos, que, teniendo en cuenta su edad, le hacían sentirse como si aún fuera un niño. Según él, lo tenían todo para poder emprender una vida en común; Daniel tenía trabajo asegurado en el despacho de su padre (otra razón añadida a la necesidad de alejarse del hogar paterno). Además, el piso en el que vivían había sido un regalo de sus suegros a Daniel al iniciar la carrera, un piso antiguo, de techos altos, exquisitamente rehabilitado bajo la di-

rección de doña Sagrario, la madre de Daniel, que lo eligió todo, el papel de las paredes, las cortinas, la tapicería, los muebles, la cocina con todos los utensilios y menaje, vajillas, adornos, incluso las sábanas, colchas, alfombras, todo estaba listo cuando Sofía llegó a la vida de Daniel, todo hecho cuando entró por primera vez al piso. Ella tan solo tuvo que colocar su ropa en los armarios y las cosas de aseo en el baño, lo demás había sido decidido de antemano. Por eso, cuando entró la primera vez en aquella casa, se sintió en un lugar ajeno; incluso ahora que irremediablemente se había convertido en su hogar, seguía sintiendo que aquello no era suyo del todo, que estaba allí como de prestado.

Había conocido a Daniel en una conferencia que impartía el padre de Sofía en el salón de actos de la Facultad de Física. Era una tarde de enero, llovía mucho y la sala estaba casi vacía, apenas una docena de estudiantes. Sofía ya estaba sentada en la primera fila cuando llegó Daniel. Avanzó por el pasillo sin dudarlo y se sentó junto a ella. Durante toda la charla permaneció muy atento. Cuando terminó, Daniel aplaudió con entusiasmo. Sofía había visto que llevaba un libro de Derecho Penal. No pudo resistirse y le preguntó qué hacía un estudiante de Derecho en una conferencia sobre la teoría de la relatividad. Él le sonrió, se presentó con exquisita educación y le dijo que su verdadera pasión era la Física y que estudiaba Derecho por respeto a su padre, un reputado abogado muy conocido en Madrid. Luego fue él quien le preguntó. Ella le contó que cursaba tercero de Químicas, y que asimismo estaba allí por respeto a su padre, ya que era el ponente. Le presentó a don Zacarías y charlaron un rato. Al día siguiente, al salir de clase, Sofía se encontró con Daniel en la puerta de la facultad, apoyado en el capó de un Seiscientos blanco, fumando un cigarro. Se ofreció para llevarla a casa, pero ella le dijo que tenía su propio coche. Aquello alentó aún más el interés y la fascinación de Daniel por aquella chica. Quedaron a tomar un café en el centro. Sofía se enteró de que estaba en último curso, que lo suyo siempre habían sido las ciencias, pero que su destino le había lleva-

do por un camino distinto y que todavía tenía que comprobar si este era equivocado o no. Empezaron a salir y, a los pocos meses, se hicieron novios. Daniel terminó la carrera con calificaciones excelentes y fue entonces cuando le pidió matrimonio. A ella le faltaba un curso, y le tuvo que prometer a su padre que obtendría la licenciatura; lo prometió ella, y Daniel se comprometió con don Zacarías a que le facilitaría las cosas. Ella cumplió y lo hizo: casarse, ser madre a los nueve meses y terminar la carrera, para lo que necesitó dos años y mucho esfuerzo. El apoyo de Daniel se quedó en la no injerencia, esfumada aquella fascinación por lo que ella hacía. Una vez instalados en la rutina del matrimonio, a Daniel dejaron de importarle los intereses personales de ella. El único que, sin descanso, continuaba animándola a que no abandonase la idea de empezar una tesis doctoral era su padre. Sofía siempre había tenido en don Zacarías un aliado, todo lo contrario de lo que ocurría con su madre, doña Adela, que ladinamente se fue llevando a Daniel a su terreno, el que ella consideraba adecuado para una mujer *comodiosmanda*, tal y como siempre afirmaba con una convicción irreductible. Intentó impedir que asistiera embarazada a la universidad, aunque no consiguió su propósito gracias al empeño de Sofía y al apoyo de don Zacarías. Sin embargo, entre doña Adela y el propio Daniel consiguieron que, a pesar de encontrarse perfectamente, Sofía se llegase a sentir incómoda en las clases, como si su embarazo fuera algo vergonzante que tuviera que esconder. Desde su nacimiento, Isabel resultó ser una niña muy inquieta, lloraba mucho, comía mal, apenas dormía. Sofía se encargaba de ella de día y de noche. Aún no tenían a Vito, sino a una externa que ayudaba en las labores de la casa. Durante esos primeros años de maternidad, Sofía se volcó por completo en su hija dejando de lado sus propias ambiciones y por supuesto la idea de preparar el doctorado. Cuando la niña empezaba a entonarse y parecía que ella volvía a retomar una vida normal, se quedó embarazada de Beatriz. Tras la insistencia de su suegra, que había visto a su pobre nuera agotada con la primera hasta la extenuación,

contrataron a Vito como interna para que la ayudase con las niñas y en las tareas de la casa. A medida que las niñas crecían, Sofía se daba cuenta de que cada vez se alejaba más de sus propias aspiraciones en aras de sus hijas y su marido; el proyecto de hacer un doctorado en cuanto se licenciase había quedado arrumbado en el olvido, a la espera de tiempos mejores; sentía que cada vez tenía menos contacto con lo que consideraba su pasión, que no era otra que el mundo de la investigación, y todo se le hacía mucho más evidente por la estrecha relación que mantenía con su padre, que le recordaba lo que quería ser y a lo que estaba renunciando; se sentía cada vez más atrapada en una apatía e inapetencia de tal naturaleza que seguía aplazándolo todo sin decidirse a nada.

Un largo suspiro se le escapó de los labios, un suspiro de desencanto, de hastío, pero sobre todo de pereza. Alzó los ojos y, sin fijarse, los posó en el edificio de enfrente. Le pareció ver una sombra que se retiraba de uno de los ventanales de la fachada. La cortina se movió un poco. Alguien la había estado observando y ella le había descubierto. No le dio más importancia.